



## Medievalismo y medievalistas en el siglo XX\*

«Somos enanos sentados sobre hombros de gigantes y por eso podemos ver más lejos que ellos». Pocas frases sintetizan mejor el espíritu de la época medieval que estas palabras de Bernardo de Chartres. De modo análogo, los académicos que se reunieron en la Universidad de Navarra del 14 al 16 de mayo de 2003, se auparon por encima de la espalda de los grandes medievalistas del siglo XX, para transitar por la misma senda que ellos trazaron, con el fin de iniciar su tarea donde ellos la dejaron.

Los iconos elegidos para la ilustración del folleto del congreso mostraban gráficamente el doble objetivo de esas jornadas: la ilustración de las murallas de la ciudad medieval de Siena (Simone Martini, siglo XIV) y la ilustración de una urbe contemporánea (Edward Hopper, siglo XX). La primera finalidad fue ahondar en los principales debates históricos generados en el ámbito del medievalismo contemporáneo. El conocimiento de los forjadores de esos debates contribuyó sin duda a profundizar en esos objetos temáticos. El segundo objetivo, complementario del anterior, fue trazar una historia intelectual del siglo pasado a través del conocimiento de la vida, los contextos y las obras de los principales medievalistas. Este doble objetivo estaba reflejado en la doble procedencia de los ponentes, entre los que se hallaban presentes tanto medievalistas como contemporaneistas.

Junto a esa diversidad en los objetivos y en la áreas históricas, había también entre los participantes de estas jornadas una remarcable variedad de disciplinas y de procedencias geográficas. Nos encontrábamos aquí, para estudiar un mismo objeto científico, historiadores, filósofos, filólogos, teólogos, lingüistas, historiadores del arte e historiadores del dere-

---

\* Síntesis de la conferencia inaugural del Director del Instituto de Estudios Medievales (Universidad de Navarra), Prof. Dr. Jaume Aurell, Presidente del congreso «Grandes Medievalistas del siglo XX», que tuvo lugar en la Universidad de Navarra, Pamplona, del 14 al 16 de mayo de 2003. Ponentes: José Enrique Ruiz-Domènec (Universitat Autònoma de Barcelona): *Georges Duby*; Massimo Mastrogregori (Università di Roma «La Sapienza»): *Marc Bloch*; Ángel Gómez Moreno (Universidad Complutense, Madrid): *Ramón Menéndez Pidal*; José Luis Martín Rodríguez (UNED): *Claudio Sánchez Albornoz*; Elisabeth Reinhardt (Universidad de Navarra): *Albert Zimmermann*; Natalie Fryde (Universität Darmstadt): *Frederic William Maitland*; Luis Adão da Fonseca (Universidade do Porto): *Damião Peres*; Francisco Javier Caspistegui (Universidad de Navarra), *Ernst H. Kantorowicz*; Miguel Ángel Pérez Priego (UNED): *Rafael Lapesa*; Jordi Gálvez (Universitat Autònoma de Barcelona): *Martín de Riquer*; María Jesús Soto (Universidad de Navarra): *Clemens Baeumker*; Josep-Ignasi Saranyana (Universidad de Navarra): *Marie-Dominique Chenu*; Dirk Heirbaut (Universidad de Gante) y Aniceto Masferrer (Universidad de Valencia): *Louis François Ganshof*; Alfons Puigarnau (Universitat Internacional de Catalunya): *Johan Huizinga*; Julia Pavón (Universidad de Navarra): *Charles Homer Haskins*; Paul Freedman (Yale University): *Roberto Sabatino Lopez*; Josep M. Muñoz (L'Avenç, Barcelona): *Jaume Vicens Vives*; Jean-Claude Schmitt (EHESS, París): *Jacques Le Goff*; Michael McVaugh (University of North Carolina): *Pierre Duhem*; Ángel Martín Duque (Universidad de Navarra): *José María Lacarra*; Andrew Breeze (Universidad de Navarra): *C.S. Lewis*; Alessandro Ghisalberti (Università Sacro Cuore, Milán): *Étienne Gilson*; Antoni Rossell (Universitat Autònoma de Barcelona): Ugo Sesini; Enric Pujol (Universitat Autònoma de Barcelona): *Ferran Soldevila*; Martin Aurell (Université de Poitiers): Conclusiones (N. de la R.).



cho, procedentes de diferentes ámbitos académicos. Este hecho demostraba por sí mismo la enorme energía interdisciplinar del medievalismo y su capacidad de aunar esfuerzos provenientes de los más diversos rincones de las ciencias humanas y sociales. Se podía hablar, por tanto de una interdisciplinariedad horizontal —de comunicación entre los distintos saberes y disciplinas que están comprometidas con el análisis de la cultura medieval— y de una interdisciplinariedad vertical, que hace referencia a las respectivas áreas históricas de origen de los ponentes.

La primera cuestión que se planteaba en la organización de un congreso de estas características era el problema de la elección de los personajes a biografar: lo que otros han llamado «el canon». No fue sencillo determinar cuáles han sido los medievalistas más representativos del siglo xx. Los veintisiete finalmente seleccionados provienen de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Alemania, España, Bélgica y Portugal. Es indudable que en esa selección había lagunas, pero no es menos cierto que se consiguió un grado suficiente de representatividad de las disciplinas principales y de las tradiciones intelectuales que han representado al medievalismo durante el siglo xx.

Entre los biografiados se encontraban los principales exponentes de la influyente escuela histórica francesa de los *Annales*, como Marc Bloch, Jacques Le Goff y Georges Duby; integrantes de la mejor tradición filosófica como Raymond Klibansky, Albert Zimmermann, Clemens Baeumker y Martin Grabmann; historiadores de la economía y el comercio como el italo-norteamericano Roberto Sabatino López; historiadores del pensamiento político como el alemán Ernst Kantorowicz y el británico Walter Ullmann; exponentes de la escuela clásica de historia del derecho y las instituciones como el belga François Louis Ganshof, el británico Frederic William Maitland y el portugués Damião Peres; pioneros historiadores de la cultura de la época de entreguerras como el holandés Johan Huizinga y el norteamericano Charles Homer Haskins, que desarrollaron buena parte de su labor en la época de entreguerras; historiadores de la teología y la filosofía cristiana como los franceses Etienne Gilson y Marie-Dominique Chenu; componentes de la prestigiosa escuela de la filología española como Ramon Menéndez Pidal y Rafael Lapesa; historiadores de la rica tradición medievalista española como Claudio Sánchez de Albornoz y José María Lacarra y, en el ámbito catalán, Jaime Vicens Vives y Ferran Soldevila; filólogos de la talla de C.S. Lewis y Martín de Riquer; y, por fin, los provenientes de campos más minoritarios del medievalismo pero no por ello menos sugerentes como el historiador de la ciencia Pierre Duhem y el historiador de la música Ugo Sesini.

Pudo haber, lógicamente, alguna laguna importante entre esta lista de prestigiosos medievalistas. Pero es indudable que en ella están representadas en buena medida los múltiples saberes que convergen en el estudio de la época medieval. Un período éste, por otra parte, para cuyo estudio se precisa una auténtica formación pluridisciplinar. Poner de manifiesto esta realidad pluridisciplinar del medievalismo fue una de las principales finalidades de este congreso. De hecho, los abundantes Institutos de Estudios Medievales que durante el siglo xx se han ido creando en muchas universidades europeas y americanas han tenido como intención favorecer el trabajo interdisciplinar en un área, el medievalismo, que exige por sí misma la conjunción de metodologías y disciplinas para cualquier estudio que pretenda llevarse a cabo con el rigor y la seriedad requeridos. La labor de estos Institutos se ha demostrado muy eficaz para evitar la excesiva compartimentación de las numerosas discipli-



nas relativas a la cultura medieval. De este modo, se coordina mejor el trabajo realizado en los diversos ámbitos y se posibilita la formación de medievalistas integrales.

Etienne Gilson, Johan Huizinga y George Duby, por citar sólo algunos de los grandes investigadores biografiados en estas jornadas, nunca dejaron de insistir en que el medievalista debe entrar en diálogo con la historia, la filología, la filosofía, la teología y la estética, pues se trata de un ámbito que por su misma naturaleza trasciende la propia disciplina. Sin esta franca colaboración disciplinar, no resulta sencillo adentrarse en el complejo mundo de la cultura medieval. El investigador contemporáneo debe dominar o al menos conocer los principios más básicos de las diversas disciplinas que convergen en el análisis de la época medieval.

Otro de los grandes objetivos de esta reunión científica fue la profundización en los contextos intelectuales en los que se formaron los principales medievalistas del siglo xx. De este modo, además de la labor estrictamente historiográfica que surge de este estudio, se posibilita indudablemente una mayor comprensión de la obra escrita legada por estos medievalistas. Como ya pusieron de manifiesto los historicistas de la época de entreguerras Robin Collingwood, Benedetto Croce y José Ortega y Gasset, el presentismo es una realidad siempre activa en la labor del investigador de tiempos pretéritos: cada lectura del pasado lleva inserta en sí misma una lectura del presente desde el que es construido ese discurso histórico. Por tanto, para la verdadera comprensión de los análisis del pasado, hay que conocer bien las condiciones y el contexto desde el que fueron articulados esos discursos.

Hace unos años, la medievalista norteamericana Kathleen Biddick apuntaba que el presentismo lleva a los medievalistas a mirar en el espejo de la edad media para reflejar en él historias que, en realidad, pertenecen a los tiempos modernos y hasta postmodernos. En las manifestaciones artísticas actuales, como el cine o la pintura, se recurre a temas relacionados con la edad media sin las connotaciones peyorativas de otros tiempos. Paradójicamente, la época medieval está más cercana a nuestros días que nunca, aunque en muchas ocasiones esa cercanía no se muestre explícitamente. El presentismo domina sobre el *preterismo*, su opuesto, en nuestra relación con la época medieval, porque somos capaces de identificar la edad media más como un espejo que como un espejismo. El presentismo nos acerca al tiempo analizado, por muy lejano que sea, pero indudablemente tiene también el posible efecto perverso de analizar esa época lejana aplicándole anacrónicamente los parámetros de la cultura actual.

Cualquier texto histórico —filosófico, teológico, filológico, lingüístico, económico— refleja con claridad los contextos intelectuales e ideológicos de la época en que fue articulado, con independencia a los datos que proporcionan, a su vez, del objeto que analizan. El *Federico II* de Ernst Kantorowicz, publicado a finales de los años veinte, respondía al ambiente de una Alemania resentida y sedienta de caudillajes firmes. La elección de la figura del soberbio emperador alemán era un reflejo de las inquietudes de la Alemania de los años veinte y treinta. Cuando la obra se reeditó en Alemania durante los años sesenta, el mismo autor se apresuró a mostrar su incomodidad, declarando que la obra debía ser revisada en su totalidad: los dramáticos acontecimientos desencadenados en Alemania durante los años cuarenta y su estancia en Estados Unidos durante los años cincuenta habían transformado radicalmente sus convicciones intelectuales, ideológicas y políticas y, por tanto, su visión de la historia.



El influjo del presentismo —el peso del contexto en el texto histórico— es mayor o menor según el grado de conciencia histórica de cada período, pero siempre existe de un modo u otro. Las tesis historicistas de Benedetto Croce, Robin Collingwood o José Ortega y Gasset, desarrolladas en la intensa época de entreguerras, eran quizás excesivamente radicales, pero pusieron de manifiesto el peso real del presente en la labor de quienes leen el pasado. Esto legitima y justifica estudios historiográficos como el que nos reunía esos días, porque tan importante para un medievalista es tratar rigurosamente las fuentes originales sobre las que basa la originalidad de su trabajo como el conocimiento adecuado de la bibliografía secundaria, de aquellos que le han precedido en el estudio de su objeto de conocimiento.

Contando con el peso de presentismo en la recuperación del pasado, no es extraño que se haya llegado a definir el medievalismo no sólo como el estudio de la edad media, sino también —y quizás más propiamente— como la aplicación de los modelos medievales a las necesidades contemporáneas y, en un tercer nivel, como el espíritu que late de la edad media en todas las manifestaciones del arte y del pensamiento contemporáneo. Un nuevo ámbito del medievalismo se impone, al considerarlo no sólo como el estudio de la edad media en sí misma, sino de los investigadores, artistas y escritores que, a lo largo de la historia, han construido la idea de la edad media que nosotros hemos heredado. Esta fue precisamente una de las principales aportaciones de este Congreso sobre los Grandes Medievalistas celebrado en la Universidad de Navarra. Su próxima publicación en la prestigiosa Editorial Brepols será una excelente oportunidad para conocer más a fondo los resultados científicos del congreso.

Jaume AURELL

Departamento de Historia  
Universidad de Navarra  
E-31080 Pamplona  
saurell@unav.es

## XXII<sup>a</sup> Jornada de Historia de la Iglesia en Chile

(Santiago de Chile, 25 y 26 de septiembre de 2003)

Durante veintidós años ininterrumpidamente se han llevado a cabo en Chile las Jornadas de Historia de la Iglesia, las que en estos últimos años han tenido por casa de exposición el Convento Máximo de San Francisco de la ciudad de Santiago que se encuentra alejado a una de las iglesias más antiguas que tenga memoria la historia de este país.

La Sociedad de Historia de la Iglesia en Chile organizadora del evento, estimó que uno de los dos días de ponencias estuviese dedicado a descubrir aspectos de la historia franciscana, esto con motivo de cumplirse 450 años de presencia de esta Orden en Chile. Debemos recordar que los Frailes Menores fueron los primeros en llegar al territorio como Orden hacia el año de 1553 a desarrollar una misión evangelizadora, la que ha perdurado hasta nuestros días.